

INSERCIONES.

ODA.*

A DON JUAN BOSCO,

FUNDADOR DE LOS TALLERES SALESIANOS.

Suscitaus a terra inopem, et de
stercore erigens pauperem.

Ut collocet eum cum principibus.

(Psalm. GXII, 7, 8.)

No de opulencia en la dorada cuna,
Ni en los claros escudos de nobleza

Te arrulló la fortuna,

Que tu prosapia heroica y tu grandeza,
Bosco, gloria del hombre, por tí empieza.

De tu alta fama el esplendor no debe
Nada al acero en lides furibundo,

Ni al favor de la plebe,

Ni á la elocuencia, ni al saber profundo:
Nada á la suerte debe, nada al mundo.

Todo al amor, al generoso anhelo
De la alma caridad, germen que cría

En pecho noble el Cielo,

Y sobre él de su sol rayos envía,
Y con lluvias de gracias lo rocía.

Amor, chispa vivaz que voladera
Corazones por pábulo apetece;

Levanta allí su hoguera,

Do con llamas de fragua resplandece,
Y revienta en incendio, y crece, y crece.

En tí ese fuego vivo, ese ardor puro
De caridad ferviente alcanzó tanto

Que de hombre ayer oscuro

Hoy á héroe te alza, superior al canto,
Quizá mañana al pedestal de santo.

* Tenemos la satisfacción de honrar el presente número de "Los Anales" con la publicación de la bellísima Oda de nuestro distinguido colaborador Sr. Belisario Peña, dedicada á la memoria del esclarecido sacerdote piemontés Don Juan Bosco.

Él te otorgó ese don con que pudiste
Á la codicia, inexorable al lloro
De la miseria triste,
Rendir á darte de su grado el oro,
Inútil en el arca, en tí tesoro.

Él te inspiró tan altas ambiciones
Cual no osaran avaros pedigüeños
Forjarse en ilusiones;
Y él, triunfador en tí de arduos empeños,
Volvió verdad tus fabulosos sueños.

Mas no sin que lloraras los tormentos
De águila presa que volar procura,
Y al probar los alientos
Que han de lanzarla á la sublime altura
Siente el hierro que al suelo la asegura.

Esperanzas burladas, inquietudes,
Celo helado en la nieve de egoísmo,
La hiel de ingratitudes,
Dudas y desconfianzas de tí mismo,
Golfos de luz y obscuridad de abismo.

Todo eso en tí sentiste cuando á solas
Con tu ideal, como Colón traías,
Puesto entre amargas olas,
Mundo inmenso que sólo tú veías,
É ibas de puerta en puerta y lo ofrecías.

Mundo de caridad, ardor bendito
Del bien, y tal que lo que hiciste, poco
Fué á tu anhelo infinito:
Por eso el mundo te llamaba loco,
Á tí Mártir sublime de Valdocco.

Valdocco! el campo de tu afán testigo,
Con tu sudor y lágrimas bañado,
Primero y dulce abrigo,
Hospedador del niño desgraciado,
Bajo el ítalo cielo, en verde prado.

Era una tarde: al rebramar del viento
Escuchaste sonar por el vacío
Un infantil lamento.—
Hijo, dime ¿qué tienes?—Hambre . . . frío . . .
Mi madre murió ayer . . . ; Solo! . . . ; Dios mío!—

¡Pobre criatura! Ven, no llores tanto;
(Tú llorabas aun más) ven, es preciso
Que yo te enjугue el llanto,
Y siendo á Dios y á tu deber sumiso
“Te daré pan, trabajo y paraíso”.

Lo cumpliste, y Valdocco á los espacios
Alza muros do al huérfano dedica
Talleres y palacios,
En que más que aura alpina fresca y rica
La virtud á los pechos vivifica.

Esa mansión ¡oh Bosco! do tu nombre
Vivirá eterno al par del beneficio
Ha de enseñar al hombre
Cómo puede el trabajo, al bien propicio,
Víctimas niñas arrancar al vicio;

Y cuánto á la labor asidua cede
Del pulimento el ánimo grosero;
Y cómo alentar puede,
Bajo harapos de niño pordiosero,
De un Savio el alma, el genio de un Cagliero. *

Así el Orloff primero fué vil fruto
Del carbón que los antros ennegrece;
Luego diamante bruto,
Y hoy á la talla, fulgido, agradece
Los iris con que al Ruso ensoberbecce.

Valdocco así también con diestro modo
En brillantes purísimos convierte
La vileza del lodo;
Y el arte obliga al genio que despierte
La chispa oculta en pedernal inerte.

Aquí, rizo hurtando del madero,
En vaivén el cepillo se pasea;
La lima roe acero;
Ronca el fuelle, el martillo tranqueta;
Se inflama el aire y el sudor gotea.

* Domingo Savio fué niño modelo de piedad que gozó de favores sobrenaturales, y murió de quince años de edad.

Monseñor Juan Cagliero es hoy Obispo titular de Mágida, Provicario apostólico de la Patagonia septentrional. Pío IX lo llamó “vaso de buena semilla”; y es insigne compositor de música sagrada.

Ahí la trompa bélica consueña
De sibilante flauta con gemidos;
Y voz argéntea llena
De música armoniosa los oídos,
Vida y afectos dando á los sonidos.

Allá no peligrosa bulle activa,
Instrumento de bien, fecunda prensa,
Sin que de ella reciba
El sol de la verdad tiniebla densa,
Ni Dios agravios, ni el pudor ofensa.

Ella difunde del verjel de gloria
Que de la Italia diviniza el seno
Y de su heroica historia
Cuanto bello atesoran en lo bueno,
Miel de sus flores, pero no el veneno. *

He ahí tu obra, Bosco: inconsolable
Llora Valdocco sí, más no te pierde:
Nada hay allí que no hable
De tí, que tus bondades no recuerde:
El muro, el templo, el muerto, el césped verde.

Aun se te ve doquier, Sombra querida;
Aun se oye el eco de tu voz amante:
¿Ni quién que te vió olvida
Esa mirada con candor de infante,
Y el sello de sonrisa en tu semblante?

Y hoy ¿qué amparo materno, qué cariño,
Qué blanda mano que acaricie pía,
Qué madre tendrá el niño?
La que Jesús de muerte en la agonía,
Dejó á sus hijos huérfanos, María.

Con darles tú tal Madre ¡cómo exaltas
Lo vil y despreciable de la tierra
Á las noblezas altas!
Grandes sin altivez, reyes sin guerra,
Ricos de todo el bien que el cielo encierra.

* Don Bosco, amante de las bellas letras, deseando que sus alumnos estudiaran los autores clásicos, se propuso purgarlos de cuanto pudiera ofender los oídos castos de los niños, y en efecto sacó á luz las obras de Ariosto, Machiavelo y Bocacio.

Los Salesianos continúan la obra empezada por su padre.
También escribió Don Bosco una historia general de Italia, que ha sido muy estimada.

La fuerza son que en el trabajo lidia,
Son la conformidad en la penuria;
No el odio ni la envidia
Que haciendo Dios la libertad espuria,
Tigres en rebelión, braman de furia.

Para extender el bien hijos criaste
En que vive inmortal tu ardiente celo,
Y pobres los enviaste
A enriquecer de caridad el suelo
De la región del sol á la del hielo.

Con ellos de María Auxiliadora
Las hijas llevan maternal ternura
Al huérfano que llora
De pampa nebulosa en la llanura,
Y do el polo se esconde en nieve dura.

¿En cuál de caridad obra piadosa
No está tu corazón, no están tus manos,
Oh mujer generosa?
Vas á la guerra y cruzas eceanos
A curar llagas y á salvar hermanos.

Tanto puede la Fe, la que en acerba
Lucha disputa el mundo á la pujanza
De la impiedad proterva
Que goza ya del triunfo en esperanza:
¡Ay de la humanidad si al fin lo alcanza!

Mas no será porque el taller de Sales,
Cual de bondad inagotable vena,
Puebla las capitales,
La que el Támesis parte, la que el Sena,
La que ve al Tíber fecundar su arena.

Á América también. ¡Oh campos grandes
Del Apóstol al cielo, Edén fecundo
Murado por los Andes,
En belleza y tesoros sin segundo,
Tierra capaz de contener al mundo!

Surcan ya hijos de Bosco el Amazonas,
Los ve el Brasil en playas diamantinas,
Y les rinde coronas
Santafe, á quien tributan cristalinas
Aguas el Plata y vino las colinas.

Habitan con el gaucho en tiendas pobres,
Do beben en su sed el agua ingrata
 Á las ondas salobres; .
Y van donde el Limay, raudal de plata,
De cascada en cascada se arrebatata.

Por ellos hoy el araucano fiero,
Contra cuyo valor lidió impotente
 El español acero,
Ante la Cruz se postra reverente,
Y al agua bautismal rinde la frente.

También aquí de su bondad paterna
Tus huérfanos reciben los favores,
 Quito, ciudad superna,
Sentada en medio al mundo entre esplendores,
Con corona de nieves y de flores.

Y los espera el Funza que dilata
Sobre verdor eterno sus difusas
 Aguas de limpia plata,
Bañando la ciudad en que profusas
Vierten dones las Gracias y las Musas.

Cual sol hacia el cenit, fecunda y bella
Se alza ya la falange salesiana,
 Y el mundo admira en ella
Lo que puede, do impera soberana,
La milagrosa caridad cristiana.

Gózate, pues, oh Bosco! allá en sereno
Campo de luz y bienes eternos,
 Porque alzaste del cieno
Á los pobres, y á par de los reales
Príncipes los sentaste como iguales.

Gloria, honor, alabanza al Hijo Verbo
Que ostentó tal grandeza y poder tanto
 En tí su humilde siervo,
Que hoy héroe te alzas, superior al canto,
Quizá mañana al pedestal de santo.

BELISARIO PEÑA.

Julio de 1889.